

# BALLO EL SIGNO DEL TEMPLOR

## GLOSA DE UNA GOTTA DE AGUA

Pensando en la intensa tarea que realiza la gota de agua en el lirapero - reproduce cielos temulos, repetidas una tierra estremecida, buscando refugio a la eternidad en el temblor de una agua llana - he sentido vergüenza ante la modesta tarea que me ha asignado el destino al poner sobre mis hombros medio siglo de pesadumbre. No hay evidencia ante los pequeños indicios de lo creacionista que el agua haya llegado a desesperarse alguna vez. Pero hay evidencia de la agonía perenne del hombre dentro del mundo desordenado en que le ha tocado vivir. La pregunta sin respuesta es: ¿Por qué cuando nos solidamente creemos estar viviendo, de pronto, sentimos que todo se derrumba a nuestro alrededor? ¿La realidad es que las civilizaciones, una tras otra, están sometidas a un <sup>inmenso</sup> proceso de demolición.

Clara nuestro referencial de ultramarinos: allá te

Se no  
guines  
que se  
ta sale  
la una.

vid de la rata de la raposa, Roma tuvo todo lo que una gran civilización hubiera necesitado para quedar, por un largo rato de siglos, dueña del mundo: los mejores oradores políticos, las más victoriosas legiones militares, grandes conocedores del pensamiento filosófico de la antigüedad, el sistema de jurisprudencia civil más perfecto que ha conocido el mundo, nociones claras del derecho de gentes, las más hábiles administraciones públicas, bastantes urbanes ciudades, aquella creencia en el destino imperial que unos cuantos siglos después, el delirante Mussolini describirá como "el hábito de la victoria". Pues con toda esa ~~grandes~~ elocuencia, ese poder, esa sabiduría, ~~acabó el circo~~ ~~romano~~ acabó un homoncillo menudo sentido frente

a un escritorio. Si bien el burocrata romano no intervenía en el mapa de la campaña militar o en la adopción del decreto, decidía sobre la clase y el momento, en que debía emprenderse la marcha del carromato de campaña o cambiarse los arneses al tiro de sangre o el sitio donde obtener el forraje militar. Este fraccionamiento del mando, la reducción al mínimo de la discreción administrativa, hacía tan difíciles las cosas que la planeación de los asuntos menudos del Imperio se convirtió en la más difícil ~~o sea~~ línea del arte de gobernar.

Desde entonces, cuantas veces una embujación ha intentado dar un paso hacia adelante, la ha detenido el torpeo del hombre de empresa en el burocrata, la autoridad pluricelular que apenas conocemos. Se trata de un inerte régimen ~~blandido~~ de pequeños criterios ~~blandidos~~ empresa del hombre. Tal no es una excepción rígida de la ~~Sociedad humana~~ <sup>empresa del hombre</sup> ~~Sociedad humana~~. Tal ~~es~~ <sup>es</sup> la ~~idea~~ <sup>idea</sup> que se ha desclorado del cielo la excepción mecánica del universo para ~~evolucionar~~ ~~esta~~ ~~vez~~ en la Sociedad humana. Esto, desde luego, ha creído en la filosofía del servicio público, cierto desden por el hombre pequeño, el minúsculo hombre económico que necesita de la pulgada más oscura de su terreno, que no puede cumplir con los modelos impuestos por el inversionista para eliminar toda pequeña competencia y lograr el mayor número de hombres sujetos a un mismo plan domiciliario. Algunas veces he llegado a pensar ~~que~~

~~el torpeo del minúsculo hombre económico~~ si esta nueva enfermedad que aqueja a los círculos del lucro ~~si esta~~ ~~es~~ ~~una~~ ~~enfermedad~~ como "gigantismo" ~~no~~ si esta, luego para la libertad del hombre que conocemos como "gigantismo" no es producto de este inútil y torpeo torpeo del minúsculo hombre económico de nuestro siglo con el burocrata.

El circo romano era, y sigue siendo, una reproducción de la imagen barbara de la existencia; un reto al humanismo, al plebeo mundo cristiano, a la civilidad. Llegó el momento en que los muchachos romanos sólo se reunían para contemplar el espectáculo - todavía seguimos llamándolo así - del gladiador tirándole su malla de hierro al oído, del gigante hercules tratado de quebrar la cintura al anano forjado; el martirio de cristiano devorado por las bestias feroces. La repugnancia del espectáculo, el arte reducido a una deleznación libertina, el cuerpo de la esposa convertido en la vesania de la pelota de hierro, la sátira de la costumbre encarnallada hasta el asesinato moral, a la par que atraía a los sordos, los ciegos, los prostituidos, inhibía el culto ciudadano a la destreza del auriga, al resplando del guerrero, entendiéndose tanto para la danya en honor de los dioses del Estado como para el combate en servicio de la patria romana, acurdo a su vez un animo maligno, un animo circense, la creencia que la civilización era una flor volátil cuyas esencias desvanecen la muerte.

Desde entonces, aunque veces un ~~modo~~ civilización ha entendido dar un paso hacia adelante, la ha ~~la~~ detenido este complejo circense, enquistado en el fondo de la cultura como la peste latente en la mano del boquierrán. Algunas veces me he preguntado a veces si no es este sentido de "espectacularidad" el responsable de la especulación en grande, del "gigantismo" que cada día rompe mas la armonía que debe existir entre las ciencias de lucro y la ~~la~~ empresa humana poniendo en riesgo la seguridad del Estado. Porque hay un hecho que no se puede negar: cuantas veces un pueblo llega a ser dominado por la "espectacularidad", por el "gigantismo" es que ha empezado para él la decadencia.

Parece que el estilo puertorriqueño no logrará mejor suerte que la del estilo romano. Todo el espíritu de reforma, el plan de redención económica, la destrucción de la cultura que animara nuestra empresa, parece destinada a un holocausto de la dignidad humana, al sacrificio del hombre por la estructura, a esa irresponsible ~~decisión~~ <sup>decadencia</sup> que arrastran tras de sí, los temerosos inversionistas del capitalismo monopolístico, los marionetistas del "gigantismo". La pequeña economía de la cual vive la gente, casi toda la gente, está al borde del colapso. La propaganda abultada de "la gran sociedad", "la nueva civilización" no encuentra ya eslabones disimulados a cargar con su gigantesca metáfora. La verdad es que son tantos los millones que han pasado cerca de nosotros que ya no nos interesan. Los vemos llegar y partir con la misma breve curiosidad con que contemplamos el fuego migratorio del pulcón cheirí en los camparines de nuestras iglesias. ~~Lo que nos interesa es algo que ya no podemos encontrar.~~ Nuestra nueva jornada ya se ha ocupado de la glosa del desengaño:

Son ya muchos los millones  
 que vienen por Puerto Rico;  
 a engolosinarse a los pulcos  
 y a rehabilitar a los ríos...

Lo que nos interesa es algo que tal vez ya no logremos alcanzar más en nuestra vida; que haya el resaca de la ~~luz, del agua, del teléfono~~ luz, del agua; que las legumbres sean frescas y vuelvan a medio de ~~compra~~ plaza de mercado; que el arroz y las habichuelas, ¡verduras sean los los siglos de los siglos! Sean hijos por una administración de pesos con un sentido más político del pequeño presupuesto casero; que logremos detener la irremediable decadencia que produce el gigantismo. Emilio S. Balcaral

BAJO EL SIGNO DEL TEMBLOR

GLOSA DE UNA GOTA DE AGUA

Pensando en la intensa tarea que realiza la gota de agua en el tinajero -reproducir cielos trémulos, repintar una tierra estremecida, buscarle reposo a la eternidad en el temblor de un agua llana- he sentido vergüenza ante la modesta tarea que me ha asignado el destino al poner sobre mis hombros medio siglo de pesadumbre. No hay evidencia entre los pequeños indicios de lo creacional que el agua haya llegado a desesperarse alguna vez. Pero hay evidencia de la agonía perenne del hombre dentro del mundo desordenado en que le ha tocado vivir. La pregunta sin respuesta es: ¿Por qué cuando más sólidamente creemos estar viviendo, de pronto, sentimos que todo se derrumba a nuestro alrededor? La realidad es que las civilizaciones, una tras otra, están sometidas a un impenetrable proceso de demolición.

Decía nuestro refranero de ultramarinos: aleja tu vid de la pata de la raposa, si no quieres que se te sale la uva. Roma tuvo todo lo que una gran civilización hubiera necesitado para quedar, por un largo rato de siglos, dueña del mundo: los mejores oradores políticos, las más victorio-

sas legiones militares, grandes conocedores del pensamiento filosófico de la antigüedad, el sistema de jurisprudencia civil más perfecto que ha conocido el mundo, nociones claras del Derecho de gentes, los más hábiles administradores públicos, bastante virtud ciudadana, aquella creencia en el destino imperial que unos cuantos siglos después, el debilitado Mussolini describiría como "el hábito de la victoria". Pues con toda esa elocuencia, ese poder, esa sabiduría, acabó un hombrecillo menudo sentado frente a un escritorio. Si bien el burócrata romano no intervenía en el mapa de la campaña militar o en la adopción del decreto, decidía sobre la clase y el momento, en que debía comprarse la rueda del ca-xromato de campaña o cambiarle las arneses al tiro de sangre o el sitio donde obtener el forraje militar. Este fraccionamiento del mando, la reducción al mínimo de la discreción administrativa, hacía tan difíciles las cosas que la planeación de los asuntos menudos del Imperio se convirtió en la más difícil tarea del arte de gobernar.

Desde entonces, cuantas veces una civilización ha intentado dar un paso hacia adelante, la ha detenido el forcejeo del hombre de empresa con el burócrata, la autoridad pluricelular que apenas conocemos. Se trata de un inocente regimen de pequeños criterios blindados por una concepción rígida de

la vida del hombre. Tal parece que se ha desclavado del cielo la concepción mecánica del universo para enclavarla en la sociedad humana. Esto, desde luego, ha creado en la filosofía del servicio público, cierto desdén por el hombre pequeño, el minúsculo hombre económico que necesita de la pulgada más oscura de su terreno, que no puede cumplir con los modelos impuestos por el inversionista para eliminar toda pequeña competencia y lograr el mayor mercado de hombres sujetos a un mismo plan domiciliario. Algunas veces he llegado a pensar si esta nueva enfermedad que aqueja a las ciencias del lucro si este peligro para la libertad del hombre que conocemos como "gigantismo" no es producto de este inútil y trágico forcejeo del menudo hombre económico de nuestro siglo con el burócrata.

El circo romano era, y sigue siendo, una reproducción de la imagen barbárica de la existencia; un reto al humanismo, al plácido mundo cristiano, a la civilidad. Llegó el momento en que las muchedumbres romanas sólo se reunían para contemplar el espectáculo -todavía seguimos llamandola así- del gladiador tirándole su malla de hierro al otro, del gigante herculeo tratando de quebrarla la cintura al enano forzado; el martirologio del cristiano devorado por las bestias feroces.

La repugnancia del espectáculo, el arte reducido a pura delectación libertina, el coraje de la espada convertido en la vesanía de la pelota de hierro, la sátira de la costumbre encanallecida hasta el asesinato moral, a la par que atraía a los sadistas, los cínicos, las prostitutas, inhibía el culto ciudadano a la destreza del auriga, al resplandor del guerrero, entrenado tanto para la danza en honor de los dioses del Estado como para el combate en servicio de la patria romana, creando a su vez un ánimo maligno, un ánimo circense, la creencia que la civilización era una flor violenta cuyas esencias deparaban la muerte.

Desde entonces, cuantas veces una civilización ha intentado dar un paso hacia adelante, la ha detenido este complejo circense, empotrado en el fondo de la cultura como la piedra talismánica en la mano del bosquimán. Algunas veces me he llegado a pensar si no es este sentido de "espectacularidad" al responsable de la especulación en grande, del "gigantismo" que cada día rompe más la armonía que debe existir entre las ciencias del lucro y la empresa humana poniendo en riesgo la seguridad del Estado. Porque hay un hecho que no se puede negar: cuantas veces un pueblo llega a ser dominado por la "espectacularidad", por el "gigantismo" es que ha empezado para él la decadencia.

Parece que el estado puertorriqueño no logrará mejor suerte que la del estado romano. Todo el espíritu de reforma, el plan de redención económica, la distribución de la cultura que animara nuestra empresa, parece destinada a un holocausto de la dignidad humana, al sacrificio del hombre por la estructura, a esa irremisible decadencia que arrastran tras de sí, los famosos inversionistas del capitalismo monopolítico, los manipuladores del "gigantismo". La pequeña economía de la cual vive la gente, casi toda la gente, está al borde del colapso. La propaganda abultada de "la gran sociedad", no encuentra ya espaldas dispuestas a cargar con su gigantesca metáfora. La verdad es que son tantos los millones que han pasado cerca de nosotros que ya no nos interesan. Los vemos llegar y partir con la misma breve curiosidad con que contemplamos al juego migratorio del Julián Chiví en los campanarios de nuestras iglesias. Nuestra musa popular ya se ha ocupado de la glosa del desengaño:

Son ya muchos los millones  
que vienen pa Puerto Rico;  
a engolosinas a los pobres  
y a rehabilitar a los ricos...

Lo que nos interesa es algo que tal vez ya no lograremos alcanzar más en nuestra vida; que baje el recibo de la luz, del agua; que las legumbres sean frescas y vuelvan a precio

de plaza de mercado; que el arroz y las habichuelas, ¡benditos sean por los siglos de los siglos! Sean fijados por una administración de precios con un sentido más poético del pequeño presupuesto casero; que logremos detener la irremediable decadencia que produce el gigantismo.

EMILIO S. BELAVAL